4185

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EN VISPERAS DE ESTRENO

MONOLOGO, COMICO-DRAMATICO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ALFREDO GARCÍA SALGADO

SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1893

EN VÍSPERAS DE ESTRENO

Monologo comico-dramatico y en verso

ORIGINAL DE

ALFREDO GARCÍA SALGADO

Estrenado con gran éxito en Cádiz, la noche del 18 de Marzo de 1893.

SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ,
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES	ACTORES
RAFAEL.....	Sr. D. Rafael Guzmán.

Las acotaciones están tomadas del lado del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MIS PADRES Y A MI CARMELA

A vosotros, en quienes cifro mi pura afección, dedico este pobre fruto de mi escasa inteligencia. A tí, madre mia, porque tu bendita imagen me inspiró. A tí, padre mío, porque me alentaste. A tí, mi Carmela, porque tu puro recuerdo brota al lado del de mi madre.

Admitid, pues, esta humilde dedicatoria de vuestro cariñoso,

ALFREDO.

Cádiz, Marzo 1893.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/envsperasdeestre20211garc

ACTO ÚNICO

Á TELÓN CORRIDO

RAFAEL. ¡Ramón!... ¡Ramoón!
(Suenan varios aldabonazos.)
VOZ. (Dentro.) ¡Voy!

(SE ALZA EL TELÓN)

Habitación modesta. Puertas laterales. Al primer término de la izquierda, ventana con rejas fuertes, y hojas que puedan cerrarse herméticamente. Al foro, cama de hierro, con colgadura. Junto á ella, mesa de noche con palmatoria, caja de fósforos y varios ejemplares. Sillas. Sobre una de éstas, levitón, chaleco y capa. La ventana estará abierta. Es de noche.

ESCENA ÚNICA

RAFAEL, por la primera de la derecha, con bastón y un fósforo encendido. Viste de rigurosa etiqueta, y lleva abrigo y *clak*.

Gracias á Dios que he llegado
á mi casa. (Enciende la palmatoria)
Pues señor,
es muy bueno ser actor,
pero deja derrengado.

Quince veces me he vestido;
y luégo el calor, la luz,
y cargue usté con la cruz
de exponerse á algún silbido,
ó á una crítica incipiente
que me ponga como nuevo.
En fin, la vida que llevo
me revienta, francamente.
Esta existencia me irrita
por minutos, y estoy harto.
Además, no tengo un cuarto,
y necesito la *guita*.
También me llaman *tramposo*,
dictado al que no me ajusto,
pues sobre darme disgusto,
hace triste y receloso
mi carácter placentero;
hágolo, aunque me asesina,
porque dice la doctrina
que *el deber* es lo primero.

—

(Pausa. Deja el sombrero y el bastón sobre la mesa, y saca del bolsillo un pañuelo de seda con los colores nacionales, se limpia con él el sudor, y lo deja sobre la mesa de noche.)

En fin, que estoy aburrido
de la lucha y del proscenio.
¡Por fuera, aplausos al genio;
por dentro, cuánto gemido
y cuánta lucha encerrada,
y, aun á veces, cuánto encono!
¡Cuánta imagen en el trono
expuesta á ser destronada!

—

¡Cuánta risa, cuánta escena
alegre, sobre un tablado!
¡Cuánto chiste descocado,
encubridor de una pena
y de un suplicio ignorado!

—

(Ligera pausa.)

¿Veis esa espuma argentada,

que con múltiples cambiantes,
sobre las olas posada,
se revuelve alborotada
con reflejos de diamantes?
¿Veis cómo al pié de la roca
sus partículas desata,
y en ansia febril y loca
viene á cubrir, cuanto toca,
con una nube de plata?
Pues ese copo nevado
abriga en sí la traición;
que está, por él coronado,
el oleaje irritado,
con rugidos de león.
¡Así es la vida! ¡Lo mismo!
Pura queja disfrazada.
¡Bajo la espuma el abismo,
y la hiel del fatalismo
envuelta en la carcajada!
Mas dejemos la elegía,
y basta de reflexiones.
(Se quita el abrigo, y lo cuelga en el espaldar de la cama.)
Mulliremos los colchones,
y durmamos hasta el día.
(Mulle los colchones.)
Desnudémonos. De frac
hice el último papel, (Quitándoselo.)
y me he venido con él
bajo el abrigo y el *clak*. (Quítase el chaleco.)
Me dejo los pantalones.
Cerremos, y hasta mañana. (Va á la ventana.)
¡Calle! está mi vecinita
en su cuarto. Es muy bonita.
Tiene abierta la ventana.
Y está con... Vamos á ver,
con el que viene de noche;
un señor que llega en coche,
y sale al amanecer.
¡Oigamos!... Hablan quedito.
Si alguna frase escapada...
Pues no me entero de nada. (Se oye un beso.)

¡Acuéstate, Rafaelito!
(Cierra con prontitnd las maderas, se quita los botas y se mete en la cama)

—

(Persignándose.)
Por la señal de la cruz,
líbranos, Señor Dios nuestro,
de todos mis enemigos,
y líbrame de un pateo.
¡Esa es otra! En breves días,
tendrá lugar el estreno
de mi drama. ¡Qué torturas
se sufren y qué tormentos!
Que si es muy grata la gloria,
también excita los nervios.
Si hubiera yo terminado
mis estudios... sería médico
llevando vida tranquila
con mi ciencia y mis enfermos.
Mas vinieron las desgracias...
(Se oyen dos campanadas.)
Las dos. En fin: dormiremos.
(Se acuesta. Poco después, ronca. Pausa. A poco, se oyen campanillazos tras la ventana.)
¿Eh?... ¿Qué es eso?... ¿Qué sucede?
(Incorporándose. Se levanta andando sobre la cama y se asoma á la cabecera cual si mirara á la calle, como hablando con alguno.)
—¿Que vaya á ver á un enfermo?
—...¿Doña Ruperta Tembleque?
—...(¿De cuándo acá seré médico?
De todos modos, lo soy.
¡Voy á lanzarme! Probemos,
y me embolso la visita.)
—Diga usté que voy corriendo.
(Se echa de la cama.)
Vistámonos. La levita. (Se la pone.)
¡Ajajá! Y ahora, el chaleco, (Idem.)
y la chistera y la capa,
y la caja de instrumentos.
(Se pone bajo el brazo una silla ó lo que quiera.)
¿Por dónde me habrá venido

este estuche? No recuerdo.
(Hace como que cierra por fuera la puorta de su cuarto. Pequeña pausa.)
¡Qué obscura está la escalera!
(Sale por la segunda de la derecha y vuelvo por la primera.)
Llegué á la calle —Sereno,
¿doña Ruperta, no vive
por aquí cerca?—*En efeutu.*
En el númeru nuventa.
Más abagu. En el terceru.
Cientu catorce escalones,
y en el primer tramu un perru.—
—¡Zapatetas! ¡Ya no voy!
Comu no existe purteru,
lu ponen en la escalera;
peru nu muerde; nu hay miedu.—
Hasta después, Santiago.
Señor ductor: hasta lueju.—
Andando. (So emboza y anda.)
Desagradable
está la noche. ¿Qué es eso? (Deteniéndose.)
—¡*Que me traigan los valientes*!
¡*Al que venga lo desuello,*
y le doy dos puñaladas,
en la mitaz del cerebro! —
Yo me subo á una ventana
por si acaso. (Encaramándose por la cama.)
Ya vá lejos.
Corramos.— *Muy buenas noches.*—.
(¿Quién será este caballero?)
—*Pase usted á ver la enferma.*—
(¿Por qué me he metido en esto?)
(Entra por la segunda de la derecha y sale por la primera.)
Buenas noches. (¡Osadía!)
Vamos á ver. ¿Qué tenemos?
(Se sienta á la cabecera de la cama. Al decir esto, la enferma se ha incorporado en el lecho. Por la almohada.)
Venga el pulso. Muy nervioso.
(Tomando el *pulso* á la almohada.)

(Voz de mujer.)
¡*Ay, doctor! ¿Qué es lo que tengo?*
—Lo que todas; calentura,
á cincuenta bajo cero.
Tiene usted una hepatitis
sub-aguda, según creo,
localizada en la médula,
los músculos maseteros,
el omoplato, la tibia,
la aorta, el nervio trigémino,
los cinco metacarpianos,
y el mesocólon transverso.
(Voz de hombre.)
—¡*Está usted disparatando*!
¡*Voto á un rayo*! (¡Santo cielo!)
—¡*Le voy á romper el alma*!—
(¡Me han conocido! ¡Escapemos!)
(Huye por la segunda de la derecha, volviendo por la primera. Pausa.)
¡Gracias á Dios!... ¡El cerrojo!
¡Si me seguira! ¡Yo tiemblo!
¡Valiente bruto! ¡Me ha dado
dos estacazos tremendos,
y un puntapié, salvo el sitio,
que aún parece que lo siento!
¡Oh, escena: bendita eres
entre todas las mujeres;
digo, bendita en mi pecho!
¡Zapatero: á tus zapatos,
es decir, á tu proscenio!
(Aldabonazos. Se asoma por los hierros de la cama.)
¿Qué se ofrece?—*Que le esperan*
para el ensayo.—Corriendo
voy. Es el avisador
del teatro. ¡A mi elemento!
Vamos á ensayar mi drama.
¡Oh, escena, yo te venero!
(Vase por la segunda de la derecha. Pausa. Vuelve por la primera.)
¡Vamos! ¡Ensayo de concha!
¡Ese telón! ¡Recojedlo!
¡Prontito! ¡Los ejemplares!

(Tomando de la mesa de noche los ejemplares y dándoselos al apuntador.)

Vamos al acto tercero.
La escena en que me despido
en el calabozo, y luégo,
la de mis últimas horas.
Andando, pues. Empecemos.

(Mutis, por la segunda de la derecha. Pausa. Suenan tres campanadas. Vuelve por la segunda de la izquierda.)

—

Fuí vencido en la lucha;
del odiado invasor triunfó la enseña:
quise aún resistir, y todo en vano;
tan sólo ya me resta
este trozo sagrado, esta reliquia,
(Refiriéndose al pañuelo de seda.)
de mi España infeliz, hermosa prenda,
unas horas de vida;
un cuadro que me espera
al salir de la aurora, y ocho balas
aquí, en el corazón y en mi cabeza.
Bien pronto, los fu gores
del sol, al esparcirse por la tierra,
alumbrarán mi cuerpo ensangrentado,
y su luz quebrarán sobre las perlas
que broten de los ojos
de los únicos seres que me quedan:
¡la madre que llevóme en sus entrañas!
¡la dulce esposa que su amor me diera!

—

¡Mi madre, tan amante,
tan buena, tan hermosa,
tan fiel, tan cariñosa,
dechado de virtud y fe constante!
¿Y mi Irene? Mi eterna compañera,
el único cariño,
el bien seguro, la ilusión primera
que tuve cuando niño!
¡Mi Irene: una chiquilla
de facciones hermosas:
tanto, que al asomar su faz lozana

á saludar al sol por la mañana,
envidiala el color de su mejilla,
la pléyade de rosas
que trepan, en montón, por su ventana!

—

Hoy se asoma, también como solía,
y aquel marco florido,
hoy también allí crece, cual crecía;
y nardos y azucenas
al subir confundidos con las rosas,
parecen desde lejos,
no flores, sino blancas mariposas
que pugnan cariñosas
por ascender en breve;
y sube aquel tropel, y al fin se atreve
á mirar á la niña encantadora
de cutis nacarado,
en el cual el Eterno ha colocado.
con un beso bendito, puro y leve,
las tintas de la aurora
fundidos con el ampo de la nieve.

—

¡Aún la miro en las noches de verano;
en esas noches del risueño Junio,
mes de aromas, verbenas,
de rosas y azucenas,
en que exhibe su luz el plenilunio!
Era una niña aún. Allí asomada,
tras el marco de flores,
oía el tierno arrullo
que alzaba, muy lejano,
cual cántico de amores,
el constante batir del Oceáno.
Y absorta, ensimismada,
y hundiendo en el espacio su mirada
de puro destellar, sin nube alguna,
entre aquella enramada
que prestóla dosel, marco y alfombra,
contaba las estrellas uda á una,
con la frente bañada
á trechos por las brumas de la sombra,
y á trechos por los rayos de la luna! (Pausa.)

—

¡Hoy todo terminó: Por siempre huyeron
aquellas horas, de placer serenas!
(Vá á la ventana y la abre. Entra, iluminando la escena la luz de la luna. Queda el teatro á media obscuridad.)
Muy pronto moriré. ¡Qué hermosa noche!
¡Cuán dulce! ¡Cuán poética
la luna se levanta
posando su fulgor en mi cabeza!
¡Oh disco misterioso!
satélite argentado que volteas
allá en las soledades del espacio;
de esa ignota región, helada, eterna,
do giran, sin cesar, cuerpos enormes,
do pierde su poder la inteligencia!
¡Tú, que brillas radiante
para aquel que dichoso te contempla;
que inundas el espíritu
con tu luz impregnada de tristeza,
y al mundo del pasado,
con rápido volar, llevas la idea,
ve y díle á aquellos seres: dí á mi madre
y á mi esposa, mi dulce compañera,
que serán mis recuerdos,
al dejar este mundo, para ellas;
que al morir por la gloria
y al rodar malherido por la arena,
las daré, agonizando,
á mi madre, el cariño que me anega:
á mi Irene, el suspiro postrimero:
á mi patria, la sangre de mis venas,
y mis últimos besos delirantes,
al glorioso girón de mi bandera! (Pausa.)

—

Las horas que me quedan
de ocupar este triste calabozo,
con feróz alborozo
del opresor, hacia el abismo ruedan.
Inútil esperar que me concedan
el perdón; que, no en vano, la metralla
explota sobre el campo de batalla.
¿Cómo ha de dar consuelo,

y vida y libertad, quien lucha airado
en mónstruo transformado,
si, en espantoso duelo,
quedar debe vengado
cada amigo que rueda por el suelo?

—

(Van sonando cuatro campanadas.)

Una... dos... tres... La cuarta campanada.
Pronto habrá mi existencia terminado:
Que acaba aquí, en mi oído,
de vibrar cada son acompasado,
cual mi adiós postrero y dolorido:
el uno, el de mi amada;
el segundo, el de tanto camarada;
de mi madre, el tercero acongojado;
y el último sonido,
cual eco de un gemido,
¡el adiós de este mundo desdichado!

—

(Pausa. De pronto va á la ventana.)

¡Guardianes! ¡Verdugos! ¡Enemigos!
Pertenezco á otra vida. Ya no os temo:
Si pronto, en esa plaza,
me vais á hacer que pague con mi aliento,
el crimen de haber dado por la patria
mi brazo y mis esfuerzos;
si vais á emborronar vuestra bandera
con la sangre que brote de mi cuerpo,
el Dios de la justicia que nos mira
desde ese puro azul, desde ese Océano
que ostenta blancas nubes por espumas;
por límites, lo eterno;
furibundo huracán por oleaje,
y por faros miriadas de luceros;
ese Dios de bondad que da á esa luna
misteriosos y plácidos reflejos;
al encontrar las balas un asilo
horadando las fibras de mi pecho,
dará su maldición para vosotros
que intentáis oprimirnos tras vencernos;
á mi madre, la palma del martirio;
á mi Irene, en las lágrimas consuelo;

y á mi nombre, grabado allá en la piedra
que piadosa un abrigo dé á mi cuerpo,
una cruz, unas flores, una salve,
un símbolo de gloria y un recuerdo.

(Pausa. Va desapareciendo la luz de la luna, y, poco después, despunta la aurora, iluminándose, asimismo, el teatro.)

—

Ya el término se acerca: ya la luna
dirige hacia Occidente sus reflejos.
Ya, á la luz de la aurora que, á lo lejos,
en ígneos resplandores,
se va elevando en su rosada cuna,
de sus lejanos discos brilladores,
los plácidos fulgores
apagan las estrellas una á una.
Ya elevan, al albor de la mañana,
sus obscuras, fantásticas siluetas
las erguidas veletas,
y retumba la voz de la campana.
Ya, lentamente, el cielo,
la matutina luz al fin blanquea.
Ya la mole imponente
que á trechos interrumpe bruscamente,
cual obscuro blandón de raro duelo,
la exigua chimenea
que, con afán insano,
por elevarse altiva forcejea,
parece desde aquí dentada cinta
que ondula, se levanta y lucha en vano,
y en el cielo destácase distinta,
como mancha de tinta
que estampó en el papel extraña mano.

—

Ya escucho, de la gente,
el múltiple rumor. Sí, ya la veo,
reflejando en los ojos el deseo.
Ya contemplo al soldado,
tranquilo y sonriente,
cómo ensancha ese círculo formado.
Mas... ¿qué es esto?... ¡Deliro!
¡Horror!... ¿Qué es lo que miro?

¡Mi madre, desalada,
que loca de dolor, corriendo viene,
y detrás, por el llanto sofocada,
siguiéndola, mi Irene!
¡Madre!... ¡Madre querida!
¡Irene idolatrada!
¡Oh, madre de mi vida!
¡Señor, por aquel cáliz de amarguras!
¡Por la pobre existencia que te entrego!
¡Desátame una vez mis ligaduras!
¡Haz que rompa estos lazos!
¡Por el sufrir horrible en que me anego!
¡Que yo pueda estrecharlas en mis brazos,
y que suene después la voz de ¡fuego!
y caiga con la frente hecha pedazos!

—

Ya llegan, desoladas,
hasta el cuadro; y, en lágrimas bañadas,
suplican compasión á esos bandidos
que escuchan sus gemidos
con cínicas y horribles carcajadas.
¡Miserables! ¡Villanos!
¡Os reís de mi esposa y de mi madre,
porque halláis imposible que os taladre
el pecho con mi espada y con mis manos!
¡Si viniérais ahora,
á pesar de prisiones y de encierros,
mis brazos abatidos
os harían lamer, ruines bandidos,
las plantas de mi madre, como perros,
y roto el lazo fuerte,
sobre vuestra cervíz, sello de muerte
habría de estampar contra esos hierros!

—

¡Oh madre; más no ruegues;
ya remedio tu súplica no halla:
que, aunque en dolor te anegues,
y quieras conmover el pecho frío
de estúpida canalla,
tu llanto dulce y pío,
se asemeja á una gota de rocío
que intenta deshacer una muralla!

¡Oh, madre sin fortuna,
nunca más, horas plácidas, tranquilas,
te han de ver contemplando las pupilas
del que, niño, mecías en la cuna!

—

¿Te acuerdas? Con canciones
arrullaste mi sueño,
y por tí, con empeño,
pronuncié las primeras oraciones,
y cifrando tus tiernas ilusiones
en mi faz sonrosada,
tuviste, enamorada,
de tu noble cariño en el exceso,
en mis ojos, impresa tu mirada;
á todas horas, en mi labio un beso!

—

¡El beso de una madre! Beso santo
que formó el infinito.
¡Soplo casto y bendito
que nos da la frescura con su encanto,
y por siempre en el alma queda escrito!
¡Chasquido, sin segundo,
que en unos labios de carmín resuena,
y, aunque poco profundo,
su timbre el aire llena
y en cada vibración abarca un mundo!

—

¡Hoy, del ósculo aquel que, tan frecuente,
mitigó mi quebranto;
de aquel beso tan puro y tan ardiente,
el recuerdo querido, dulce y santo;
ahora, ante tu llanto,
cae, viendo tus enojos,
cual fundido metal sobre mi frente,
y nubla la mirada de mis ojos! (Pausa.)
¿No acaban vuestras risas?
¿No os conmueve esa madre sin consuelo?
¿No acude á vuestra mente
el mágico recuerdo
de aquella que os dió abrigo en sus en-
[trañas
y os crió con su sangre? Lo comprendo:

vosotros, maldecidas
escorias expulsadas del infierno,
ni habéis tenido madre
ni podéis figuraros lo que es eso.
Á mí me dió la vida
un lazo bendecido, dulce, eterno;
á vosotros, sin duda, dos caricias
que impulsó la impureza y el deseo;
dos delitos fraguados en tinieblas;
dos borrones que en uno se fundieron;
dos sumandos de infamia y de vergüenza,
que dieron por total oprobio y cieno.

—

¿Qué miro?... ¡Oh, bendición! ¡Las dos
atropellar el círculo tremendo, [intentan
y pretenden venir á mis prisiones,
á salvarme!... ¡Ya vienen!... ¡Ya las veo!...
¡Ya llegan!... ¡Aquí están!... ¡Esposa!...
[Madre!...
(Abalanzándose á los hierros de la ventana.)
¡Que yo sienta el calor de vuestro aliento!...
¡Acercáos!... ¡Así!... ¡Que nuestras bocas
se tornen una, con rabioso esfuerzo!
¡Más aún!... ¡Más aún!... ¡Que nuestros
se incrusten en los hierros, [rostros
y al formarse un montón desesperado,
agonizante, sin igual, frenético,
de lágrimas, abrazos y suspiros,
de adioses, de pupilas y de fuego,
se deshagan fundidos los barrotes
al calor palpitante de los besos!)

—

¡Asesinos! ¡Traidores! ¿Pretendéis
alejar á mi madre y á mi cielo
de estas rejas?... ¡Oh, nunca!... ¡A mí
¡Asidme en lazo estrecho, [aferráos!
que no basta á arrancaros de mis brazos
el más potente esfuerzo,
ni el rayo que desciende de la nube;
ni el huracán tremendo;
ni el feróz remolino de la ola
bajo cuya presión se tuerce el hierro,

y si Dios no existiera,
ni la fuerza que rige el Universo!

—

¿Eh?... ¿Qué miro?... ¡Socorro! ¡Madre mía!
¡Irene!... ¡Sangre entre mis manos veo!
¡Santo Dios!... ¡Las agudas bayonetas
se clavan en sus cuerpos!
¡Jesucristo!... ¡Favor!... ¡Ya no respiran,
y siento huir la luz de mi cerebro!...
¡Já, já, já, já, já, já!... ¡Irene!... ¡Madre!
¡Já, já, já, já, já, já, já, já!... ¡Murieron!
¡A reir!... ¡Y que ruede en el abismo,
la bóveda sin fin del Firmamento!
(Cae desplomado al suelo. Pausa ligera.)
(Despertándose.)
¿Eh?... ¿Cómo?... ¿Qué sucede?...
¡Caracoles!... ¿Qué es esto?
¡Y estoy medio vestido!...
¡Ya cáigo!... ¡Ha sido un sueño!
Sin duda, de la cama,
acabo de caer rodando al suelo.
...¡Demonios!... ¡Ya es de día!
¡Vistámonos corriendo,
y á estudiar unos trozos de mi drama,
que en breve es el estreno!
¡Hasta entonces, señores,
y no me déis, por Dios, ningún pateo!
(Telón.)

FIN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.